

The language instinct: Resumen

Número de caracteres: 9.9946

Sergio Lozano Álvarez

Introducción a la lingüística

Capítulo 3: Mentalese

De acuerdo con Pinker existe una creencia general acerca de que las lenguas determinan el pensamiento. El hecho de hablar cierta lengua provocará una cierta manera de pensar, que será distinta de la de otro hablante de otra lengua. Sectores como el feminismo o el General Semantics acusan a la estructura de estas de provocar un daño al pensamiento. Sapir and Whorf mantenían que las categorías del lenguaje condicionaban el modo de pensar y que las diferencias entre lenguas provocaban por tanto diferencias en el pensamiento.

No obstante Pinker rechaza esta tendencia, que se ha quedado enquistada, y la cataloga de absurda. Utiliza el ejemplo de que muchas veces lo que decimos o escribimos no es lo que queremos decir, por tanto, mente y lengua van por separado, así como cuando se recuerda la idea general de algo leído o escuchado previamente en vez de las palabras concretas.

Pinker analiza las teorías de Sapir y de Whorf para demostrar su error y se muestra especialmente crítico con éste último, debido a la poca fiabilidad del origen de sus estudios. Pare refutar la tan manida idea de la influencia del lenguaje en el pensamiento, plantea varios ejemplos como los colores, la gente sorda, los bebés o la diferencia gramatical. En todos ellos demuestra que no importa la variedad lingüística para entender conceptos y que las palabras son únicamente palabras. De este modo, aunque no en todas las lenguas se cataloguen los colores de la misma manera, estos son percibidos igual y no los confunden. Asimismo, incluso algunos primates, a pesar de no tener lenguaje, son capaces de entender y reconocer conceptos.

Por ello no se piensa en palabras, sino en imágenes mentales. El pensamiento visual no usa el lenguaje, sino un sistema gráfico mental. De esta manera, las representaciones mentales tienen que ser símbolos acordados y la mente trabaja con un grupo fijo de reflejos o instintos. Las representaciones no se parecen a ninguna lengua, sino que utilizan símbolos para constituir conceptos y estos símbolos acordados representan las relaciones lógicas entre esos conceptos. Pinker desmonta la teoría de Whorf al afirmar que el lenguaje no sirve como medio interno de pensamiento lógico. Si las palabras son ambiguas, los conceptos no lo son y, si dos ideas pueden corresponder a una misma palabra, los pensamientos no pueden ser palabras. Por tanto, la gente no piensa en

lenguas, sino en lo que Pinker llama una “lengua de pensamiento”. Él la nombra *Mentalese* y, según él, sería una versión simplificada y universal de cualquier lengua. Si es universal es compartida en todos los lugares del mundo y por todos.

Capítulo 4: How Language Works?

En el cuarto capítulo de su libro, Pinker se refiere a Ferdinand de Saussure y a su teoría sobre la arbitrariedad del signo. Esto último quiere decir que el sonido que representa el signo es arbitrario y que el significado es algo independiente. Existe la tendencia a relacionar el sonido con el significado y esto conlleva el beneficio de expresar un concepto de mente a mente de manera instantánea. Sin embargo, esto supone el siguiente problema, y es que no siempre se puede adquirir el significado en la forma, es decir, en la palabra. La arbitrariedad del signo es uno de los trucos detrás del instinto de lenguaje.

Sin embargo, el segundo truco es la gramática generativa, es decir, el código o conjunto de reglas que traduce entre el orden de las palabras y la combinación de significados. La permutación de los elementos para crear estructuras más grandes o frases con otras propiedades mayores es lo que se conoce como gramática. Es un sistema de combinaciones de unidades de sentido para crear unidades de sentido mayores. Lo que Pinker viene a decir es que la gramática permite combinaciones infinitas pero el medio en el que se desarrolla es finito.

Teniendo en cuenta estas dos ideas, se puede decir cómo funciona la lengua. Por ello, cada persona tendría un grupo de palabras y un grupo de conceptos unidos a ellas, así como un conjunto de normas que combinan las palabras para expresar relaciones entre conceptos; es decir, funciona con una gramática mental.

Sin embargo, esta gramática tiene dos consecuencias. Una es el ilimitado número de combinaciones que hacen de la lengua un sistema extremadamente vasto. La segunda consecuencia es la autonomía de este código por parte de la cognición, lo que nos permite que a pesar de un mal uso de la gramática en el más puro sentido la mente puede descodificar el mensaje. Sin embargo, los ordenadores aceptan menos estos errores por no contar con esa autonomía.

Aunque una oración no esté bien escrita, el cerebro permite reconocer el significado detrás de la misma. Ocurre lo mismo con la abstracción. Aunque el sentido común o el conocimiento general no sirvan, nuestro cerebro descubre a través de esta gramática combinatorial el significado subyacente. Pinker utiliza el ejemplo del sistema de cadena de palabras para probar el uso que nuestro lenguaje hace de la gramática combinatorial. Es por ello que nuestra gramática es independiente y funciona de manera autónoma al sentido, permitiéndonos entender lo que una oración, dependiendo de cómo esté ordenada, quiere decir. Sin embargo, este sistema de palabras encadenadas necesita de una estructura gramatical de frases para cobrar

sentido, de lo contrario sería palabras al azar una detrás de otra en infinitas combinaciones.

Utilizando la teoría de Chomsky sobre la gramática, Pinker establece una serie de parámetros a la hora de construir y entender oraciones. Y es que según la función o rol que cumpla un elemento en la oración, tendrá que estar complementando a otro elemento de la misma. El orden de los elementos varía, no así la proximidad de unos con otros por la relación que tengan entre sí. Consecuentemente, el autor, a través de Chomsky, sugiere que estas reglas son universales e innatas, por ello no se adquieren o aprenden, sino que tras nacer se realizan ciertos cambios mentales dependiendo de la lengua que hablemos. Sin embargo, muchas veces este orden no es suficiente para entender el significado de la oración porque el sujeto puede ser interpretado de una u otra manera. Para darle sentido, la gramática establece el uso de casos, que no tienen por qué aparecer explícitos como sufijos o prefijos en todas las lenguas. Sin embargo, aunque no haya sufijos o prefijos indicando el caso, el uso de elementos como artículos, pronombres personales, etcétera nos ayuda a discernir el rol de cada parte de la oración.

Pinker asegura que el significado de una oración no reside en el verbo, el sujeto o cualquier otro elemento, sino en la combinación de ellos. Por ello, al faltar alguna palabra, el significado puede ser más difícil de discernir, sobre todo si se trata de palabras función. De la misma manera el verbo muchas veces determina lo que se debe incluir. En este caso, Pinker se refiere a la “estructura profunda” o “d-structure”, es decir, las reglas de combinación innatas de las que hablamos en el párrafo anterior. Pero la otra estructura que existe es la llamada “estructura superficie” o “s-structure”, que es la representación superficial de lo que queremos decir, o sea, el orden en el que vemos una oración, pero no el orden que se encuentra en la d-structure.

Por tanto, en su estudio Pinker relaciona la sintaxis y el uso de la gramática, entendida en estas dos estructuras, como algo que proviene de la evolución del cerebro. Concluye el capítulo, aseverando que la gramática se asemeja a un software mental, que interconecta el oído, la boca y la mente.

Capítulo 7: Talking Heads

Pinker empieza el capítulo remontándose a uno de los miedos más recientes en la tecnología, que la inteligencia artificial (IA) supere a sus creadores. Sin embargo, Pinker afirma que nos subestimamos, poniendo el ejemplo de acciones que un niño de cuatro años puede hacer y que están dadas por descontado pero que, sin embargo, suponen solución algunos de los más difíciles problemas de ingeniería. El autor asegura que lo que comúnmente entendemos por IA, no es más que un programa basado en la repetición de palabras usadas por el usuario. No hay inteligencia alguna detrás, sino simulación de la misma. Los ordenadores son muy rápidos a la hora de comprender,

sin embargo, Pinker asegura que en el mundo humano esto se hace en tiempo real, es decir, no se espera a terminar la frase y analizarla, sino que se analiza en el mismo momento que se produce. Por lo que el ser humano es más rápido y efectivo a la hora de comprender, aunque no siempre perfecta.

Para que el entendimiento en tiempo real sea efectivo, nuestro cerebro utiliza ese protocolo mencionado antes, la gramática entendida según Chomsky. La relación es que esta gramática especifica qué tipos de significados corresponde a qué tipos de sonidos y en qué orden en una lengua en concreto, pero no es un programa para el habla o el entendimiento. Estas dos últimas comparten una base de datos gramatical, ya que la lengua que hablamos es la misma que entendemos. Pero hay un procedimiento por delante más complejo.

Al escuchar o leer una oración nuestro cerebro realiza una función de análisis sintáctico para explicar el significado. El problema surge cuando se trata de recordar lo dicho. Mientras que la parte de la memoria es fácil para los ordenadores, para el ser humano es difícil, sin embargo ocurre lo contrario cuando se trata de la habilidad de toma de decisiones, pues los humanos ganan en este campo la partida al ordenador, siempre y cuando la frase esté construida correctamente. No obstante, el analizador sintáctico de una oración requiere de muchos tipos de memoria. Recordar la frase es a veces una cuestión del orden de la frase o de si la lengua cuenta o no con el uso de marcadores de casos. La ordenación de las palabras en una oración puede variar con el fin de facilitar la memorización de ella.

Con este problema de memoria, Pinker intenta explicar lo que ocurre cuando alguien se enfrenta a una “frase cebolla”, es decir, una frase con muchos datos y modificadores dentro de ella. El problema no es la cantidad de memoria, sino el tipo de memoria. El cerebro humano tiene desventaja a la hora de almacenar datos, al contrario que los ordenadores pero, como ya hemos mencionado, cuenta con una habilidad para la toma de decisiones mucho mejor. Esta toma de decisiones en cuanto al significado es una cuestión que también se dificulta dependiendo de la estructura de la oración. El análisis que hace un ordenador es mucho más meticuloso que el de una persona y eso les hace legitimar las ambigüedades aparecidas en un texto.

Mientras que un ordenador evalúa todas las posibilidades de significado de una oración, la mente humana no computariza cada opción. Una de las razones es que muchas de las ambigüedades nunca son reconocidas. Sin embargo, cuando descubrimos que hay cierta inexactitud, retrocedemos y corregimos. Esto se produce cuando nos encontramos con algunas frases que guían hacia un incorrecto análisis. Aun así, el contexto en el que se encuentra o las otras palabras con las que linda la de significado ambiguo ayudan a cercar el círculo en torno al verdadero sentido. Pero el conocimiento general no siempre nos sirve. Pinker utiliza el concepto de trazo –un

elemento mudo que organiza el significado en las oraciones– como parte del proceso de entendimiento ante la ambigüedad encontrada en algunas oraciones.

A todo esto, Pinker añade que la diferencia entre la comunicación escrita y verbal radica en la entonación y el uso de los tiempos. Utiliza el ejemplo de una conversación verbal transcrita para mostrar que durante el proceso de la transcripción se producen muchas dificultades para su interpretación. Asimismo, hay un trasfondo que debe tenerse en cuenta a la hora de la interpretación, es por ello, que los ordenadores fallan al entenderlo, sobre todo si se trata de ironía, sarcasmo o humor.